

La noción de parrhesía, el maestro y el cuidado de sí^{1*}

Bibiana Alexandra González Vargas^{2**}

El concepto de *Parrhesía*

Las consideraciones que es preciso retomar, tanto de la obra de Foucault como de la antigüedad griega, es la noción de *parrhesía* o también denominada “el hablar franco”, la palabra *parrhesía* aparece por primera vez en la literatura griega en Eurípides (c. 484-407 a.C.), y recorre todo el mundo literario griego de la antigüedad desde finales del siglo V a. C” (Foucault, 2004, p. 35). Ésta es una actitud del sujeto que determina una manera de relacionarse consigo y con los otros a través de juegos de verdad, es decir, una especie “de pacto por el cual, si el parresiasta muestra su coraje al decir la verdad con respecto a todo y contra todo, aquel a quien esa *parrhesía* se dirige deberá mostrar su magnanimidad aceptando que se le diga la verdad” (Foucault, 2010, p. 32). Por tanto, la *parrhesía* es lo que hace posible que un sujeto sea reconocido como aquel que es capaz de decir la verdad acerca de sí, es así mismo un ejercicio espiritual, es el examen de conciencia, es vital:

1* Presenta resultados del proyecto *formas y expresiones metodológicas en el último Foucault: perspectivas para la educación y la pedagogía*, financiado por la Dirección de investigaciones (DIN) de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia UPTC con código SGI 1949.

2** Magister en Educación. Investigadora del grupo Filosofía Sociedad y Educación –GIFSE-.Correo electrónico: bibi-870@hotmail.com.

Era, supongo que lo recuerdan, una noción rica, ambigua, difícil en cuanto designaba en particular una virtud, una cualidad (hay gente que tiene la *parrhesía* y otra que no la tiene); también es un deber (es preciso, sobre todo en una serie de casos y situaciones, dar muestras concretas de *parrhesía*) y, para terminar, es una técnica, un procedimiento: hay personas que saben valerse de la *parrhesía* y otras que no saben hacerlo. Esta virtud, este deber, esta técnica, debe caracterizar entre otras cosas y ante todo a un hombre que está a cargo de algo: ¿de qué? Pues bien, de dirigir a los otros, y en especial de dirigirlos en su esfuerzo, en su tentativa de constituir una relación consigo mismos que sea una relación adecuada. En otras palabras, la *parrhesía* es una virtud, un deber y una técnica que debemos encontrar en quien dirige la conciencia de los otros y los ayuda a constituir su relación consigo mismos. (Foucault, 2009, p. 59)

De este modo, el hablar franco, es primero que todo: “un compromiso implicado en la *parresía* [sic] está vinculado a cierta situación social a una diferencia de estatus entre el hablante y su auditorio” (Foucault, 2004, p. 38) del sujeto hacia sí, pero es un compromiso que no se puede llevar a cabo sin la presencia del otro, el otro que dirige, el otro que escucha, y el otro que puede soportar un ejercicio parresiástico sin importar las consecuencias que esto conlleve; en otras palabras, no se puede tener inquietud de sí, ni cuidado de sí, sin la relación con el otro.

Y el papel de ese otro consiste precisamente en decir la verdad, decir toda la verdad o, en todo caso, decir toda la verdad que sea necesaria y hacerlo en cierta forma que es justamente la *parrhesía*, traducida, insistamos, como hablar franco (Foucault, 2009, p. 59).

Analizar la figura “del otro” tan necesario para decir la verdad sobre uno mismo, que se refleja en diferentes dualismos: el confesor o director de conciencia y el pecador, el médico y el enfermo, el psiquiatra y el enfermo loco, pero también ha adoptado otra figura que en la antigüedad era muy importante: un filósofo de profesión, pero también podría ser una persona

cualquiera un amigo, un amante, una persona de mayor edad, también asume la forma del profesor que participará en mayor medida de una estructura pedagógica institucionalizada. Por ejemplo, Epícteto, así mismo ese otro puede ser un consejero para toda la vida que guíe y dé consejo hasta la muerte; ejemplo de ello Demetrio el cínico, quien era consejero de Trásea Peto y le sirvió de consejero hasta el día en que este último decide suicidarse estableciendo una conversación al estilo socrático hablando de la inmortalidad del alma.

Al decir que la *parrhesía* tiene una dimensión pedagógica (González, B & Pulido, O. 2014), se entiende que el maestro, quien conduce almas, es quien asume el rol de parresiasta; primero porque da ejemplo de coraje al ser capaz de constituirse como el sujeto que dice la verdad sobre sí mismo, lleva a sus discípulos a decir la verdad sobre ellos mismos, pero también se manifiesta cierto gobierno de las almas al ejercer autoridad sobre ciertos poderes espirituales, así como sobre el discurso del otro; la pedagogía también apropia una dimensión de tipo terapéutico porque se trata así mismo como un tratamiento del alma “la determinación de un régimen de vida, un régimen de vida que comporta por supuesto, el régimen de las pasiones, pero igualmente el régimen alimentario el modo de vida de todos sus aspectos” (Foucault, 2010, p. 24)

Un aspecto de las técnicas de sí (ejercicios que se hacían en la intimidad de la soledad del día o de noche), es que pasan de ejercerse para sí mismo, sin la ayuda ni la presencia de otro a excepción, claro de las prácticas cristianas; al requerir la guía del otro, puede ser el maestro, el director de conciencia, el médico, quien ejerza esa función de parresiasta; hablamos del gobierno de los otros. Al considerar la *parrhesía* como una noción en primera instancia política, como un concepto político, y prácticas políticas, se vislumbra una serie de relaciones entre el sujeto y la verdad; dicha relación abre paso a la democracia traspasando de una esfera personal a la constitución del sujeto como ser moral, de manera que se examina entonces la noción de *parrhesía* desde

“el entrelazamiento del análisis de los modos de veridicción, el estudio de las técnicas de gubernamentalidad y el señalamiento de las formas de la práctica de sí” (Foucault, 2010, p. 27).

El problema de identificar o reconocer quien es capaz de decir la verdad en un sistema como lo es el modelo democrático, en donde no puede ser prohibido hablar, ni privar a nadie de expresarse todos tiene el derecho de igualdad:

Si tal función fuera de unos cuantos, se increpaba, se puede correr el riesgo de tener un hablantinoso o ignorante, que habla como un loro o «hasta por los codos», que dice mentiras, y ese, es el sentido negativo de la *parrhesía*. (Castaño, 2013, s/p)

Esto, con el fin de entender el saber desde la especificidad de su veridicción, el poder desde las formas en que se gobierna a los sujetos y en las formas de constitución del sujeto mediante las prácticas de sí; en suma, se tiene aquí un desplazamiento entre las tres formas de conocimiento del sujeto para establecer las representaciones de relación entre verdad, poder, y sujeto.

Tenemos, por tanto, si se quiere, toda una estructura, todo un paquete de conceptos y temas importantes: cuidado de sí, conocimiento de sí, arte y ejercicio de sí mismo, relación con el otro, gobierno por el otro y decir veraz, obligación de decir la verdad de parte de ese otro (Foucault, 2009, p. 61).

Por tanto, esta noción es sinónimo de obligación de decir siempre la verdad, a través de las técnicas de gubernamentalidad y la constitución del sujeto en relación consigo, pero el hablar franco es un principio esencial del gobierno que ese otro ejerce sobre nosotros; el gobierno es necesario para entablar la relación adecuada con nosotros mismos, así podemos alcanzar la felicidad y la virtud.

Es pertinente no entender la *parrhesía* en el sentido de decir todo sobre todo de manera peyorativa, no es decir la verdad acerca de lo que pueda ocurrir en un momento determinado, pues el *parrhesiasta* no es quien transfigura la forma de un charlatán,

o el que no es capaz de asumir un rol moderado que apodera su discurso de manera desordenada, sin el menor principio de racionalidad; por el contrario, un verdadero parresiasta es quien dice la verdad sin disimular nada, no se reserva nada, el decir la verdad sin ocultar nada acerca de ella asumiendo las posibles consecuencias, este es el ejercicio verdadero de una persona que se asume y se reconoce como un parresiasta. Para que haya *parrhesía* es necesario que exista en primer lugar:

un lazo fundamental entre la verdad dicha y el pensamiento de quien la ha expresado; [en segundo lugar,] cuestionamiento del lazo entre los dos interlocutores (el que dice la verdad y aquel a quien ésta dirigida). Por eso este nuevo rasgo de la *parrhesía*: ella implica cierta forma de coraje, cuya forma mínima consiste en el hecho de que el parresiasta corre el riesgo de deshacer, de poner fin a la relación con el otro que justamente, hizo posible su discurso. (Foucault, 2010, p. 30)

Por esto, esta actitud de verdad, se dirá, no la podría asumir cualquier sujeto; por tanto, es un ejercicio de sí mismo de constitución de sí, asumiendo una postura de valentía, de poner en riesgo una relación de amistad, por ejemplo, corriendo un riesgo de morir; por eso el parresiasta pone por encima de la verdad su propia existencia. Es requisito el coraje tanto del parresiasta como de aquel a quien va dirigido el discurso de verdad ya que es quien tiene que aceptar cualquier cuestionamiento; aquí también se establece lo que llamamos juego de verdad o juego parresiástico, precisamente por la condición de peligro que se asume.

Foucault en su libro *El coraje de la verdad* (2010), dice que se pueden definir cuatro modalidades del decir veraz: el primero es de la profecía, el decir veraz de la sabiduría, el decir veraz del profesor, y el decir veraz del parresiasta. Las cuales se profundizarán a continuación.

En primer lugar, el decir veraz del profeta es reconocido por los otros, como el que es capaz de decir la verdad, pero

no es una verdad propia, es la verdad que mediante el oráculo transmite; entre tanto es una verdad mediada por lo otro, no usa su propia voz sino la voz de Dios; el profeta es un puente entre el pasado y el presente, habla de lo que es desconocido para los hombres. Por esto el profeta es quien devela, muestra el ilumina lo oculto, pero en realidad el profeta no es ninguna medida practicante de la *parrhesía*, ya que no pronuncia una verdad acerca de sí, no habla con voz propia, el profeta no tiene que ser franco, además que el ejercicio parresiástico no habla sobre el futuro, no devela nada pero sí podría hacerse la analogía con respecto a la ceguera de los hombres; el parresiasta “ayuda en su ceguera, pero en su ceguera acerca de los que son, acerca de ellos mismos” (Foucault, 2010, p. 35).

En segundo lugar, el decir veraz del sabio, que se contrapone al decir veraz del profeta ya que el sabio no habla por la voz de otro, ni transmite la palabra de los dioses, tampoco habla sobre el pasado ni el futuro, no predice nada; el sabio no está obligado a decir la verdad, habla en su nombre, la única verdad que el sabio toma para sí es su propia verdad, a pesar de que el sabio es quien en alguna medida quiere que los otros encuentren su propia verdad, no funciona simplemente como un portavoz, es decir, el sabio es sabio por y para sí mismo no es sabio por oficio, es sabio porque se inquieta, se preocupa por sí mismo. “En este aspecto, al estar presente en su discurso de sabio de manifestar su modo de serlo en su discurso de sabiduría, está mucho más cerca del parresiasta que del profeta” (Foucault, 2010, p. 36).

Otra de las diferencias entre éste y el profeta es que, a diferencia de este último, el sabio no necesita hablar, no hay ninguna fuerza exterior que lo obligue a hablar, a impartir ningún tipo de enseñanza; es por eso que el sabio es un ser silencioso, sólo habla cuando es necesario que su intervención solucione alguna situación de urgencia sea en la ciudad, sea de alguna persona en particular. El mejor ejemplo de sabio es Sócrates que sólo hablaba interpelado por las preguntas que hacía a los otros, buscando revelar en ellos su propia verdad,

que se conocieran a sí mismos como en el caso de Alcibíades quien debía conocerse a sí mismo, gobernarse para así gobernar a los demás; otro ejemplo se puede encontrar en la *Apología*, donde el sabio asume la tarea de interpelar a jóvenes y viejos convirtiéndose en un ser insoportable, tarea que asume hasta su muerte.

No obstante, el sabio no es un parresiasta, puesto que sólo habla cuando quiere; el parresiasta no mantiene una actitud de silencio ni de reserva, tiene la obligación de hablar, no tiene derecho a la reserva. El parresiasta, como se ha indicado, comenta lo que es acerca de las cosas, del mundo, de los individuos, dice la verdad, y ayuda a los sujetos a develar a los otros lo que es.

En tercer lugar, está el decir veraz del profesor, el que enseña, el técnico, o de los que poseen cierta *tekhne* (el médico, el músico, el zapatero, el gimnasta etc.); este tipo de saber del técnico requiere no sólo un cierto conocimiento teórico sino todo un conocimiento práctico una *askesis o melete*³. Estos técnicos son capaces de transmitir un saber a los demás; en otras palabras, transmiten su conocimiento y lo enseñan. En cuarto lugar, la *parrhesía* del técnico quien ha aprendido lo que sabe de otro por tanto tiene deber de palabra, y lo obliga el peso de la tradición; éste no hubiera sido técnico si antes no hubiera recibido de manos de su maestro:

En esta idea de la persona poseedora de un saber de *tekhne* que lo ha recibido y va a transmitirlo, encontramos pues el principio de una obligación de hablar, que no se constata con el sabio, pero sí en el parresiasta. (Foucault, 2010, p. 40)

Sin embargo, a diferencia del parresiasta, el profesor o el técnico no corre ningún riesgo al transmitir la verdad que posee y ahí está la diferencia, ya que nadie necesita tener coraje, ni ser valeroso para enseñar, además que establece un lazo entre él (el parresiasta) y el que enseña; establece lazos de amistad y su

3 La *melete* hace mención a un ejercicio espiritual de meditación.

relación no corre ningún riesgo; con la enseñanza se asegura que la tradición se conserve por lo tanto, se asegura la supervivencia del conocimiento, lo que no pasa con el ejercicio parresiástico ya que aquí se corre el riesgo de perder no sólo la amistad del otro sino que se puede perder hasta la propia vida; el decir veraz del profesor une y enlaza las relaciones.

En resumen, citando a Foucault (2010):

Digamos, por tanto, en forma muy esquemática, que el parresiasta no es el profeta que dice la verdad al develar, en nombre de otro y enigmáticamente, el destino. El parresiasta no es un sabio que, en nombre de la sabiduría, dice, cuando quiere y contra el telón de fondo su propio silencio, en ser y la naturaleza (la *physis*). El parresiasta no es el profesor, el docente el hombre del destino, ni el ser, ni la *tekhné*. Al contrario, en la medida en que asume el riesgo de desatar la guerra con los otros, en lugar de consolidar, como el profesor, el lazo tradicional al [hablar] en su propio nombre de algún otro, [en la medida,] por último, [en que dice] la verdad de lo que es -verdad de lo que es en la forma singular de los individuos y las situaciones y no verdad del ser y de la naturaleza de las cosas-, pues bien, el parresiasta pone en juego del discurso veraz de lo que los griegos llamaban *ethos*. (p. 41)

Estas cuatro modalidades de decir veraz corresponden en la sociedad, tanto a instituciones, a personajes, o a prácticas, que es posible distinguir e identificar en ella, así como la figura del técnico, o del profesor, los personajes de los sofistas que se vislumbran en la mayoría los diálogos socráticos, en donde Sócrates es un verdadero parresiasta, y además combina la figura del profeta, del profesor y por supuesto la del parresiasta. Estas cuatro formas constituyen de cierta manera el ejercicio parresiástico de decir veraz ya que, cada forma en su manera dice la verdad, aunque con ciertos reparos.

La *parrhesía* entonces es una forma de actividad verbal en la que quien habla, tiene una responsabilidad con la verdad a

través de la sinceridad, además de arriesgar su propia vida en una relación de peligro con los otros y consigo mismo mediante la crítica que se hace; además de ser también un deber propio que constituye al sujeto hablante como capaz de hablar franco, asume a la vez una relación con la libertad entendida en el sentido de

Escoger la franqueza en lugar de la persuasión, la verdad en lugar de la falsedad o el silencio, el riesgo de muerte en lugar de la vida y la seguridad, la crítica en lugar de la adulación, y el deber moral en lugar del propio interés y la apatía moral. (Foucault, 2004, p. 46)

En la contemporaneidad, el concepto de *parrhesía* se encuentra fuertemente vinculado a una serie de acciones sociales y privadas que atañen la vida diaria de los sujetos, en cuanto discursos políticos que no asumen una forma pura de verdad sino que en su mayoría son verdades disfrazadas para ocultar algunos hechos y que adoptan la forma de un discurso retórico⁴ en cuanto se quiere lograr una meta sea buena o mala. Así mismo la *parrhesía* está presente en las arengas revolucionarias cuando asume la forma de profecía al anunciar un futuro venidero, fenómeno tan presente en los escenarios políticos latinoamericanos y asumidos por algunos pocos no introyectan su papel de interlocutores creyendo hablar por el pueblo y buscando su salvación y evitando la invasión de otras potencias en sus territorios. En cuanto al decir veraz, adoptado por las formas institucionales de enseñanza, deja recaer la verdad sobre los hombros de la ciencia dejándole en sus manos la última palabra, - todo lo existente lo prueba el método científico-entonces ¿en dónde quedaría las verdades asumidas por los sujetos como ciertas pero que no se han podido comprobar por medio de ninguna ciencia? Este será el papel asumido por sí

4 Cuando se habla de un discurso retorico no se hace referencia a que este sea un mediador para mentir sino por su grandeza discursiva para convencer a un auditorio de que una acción sea la que sea es buena o mala.

mismo en cuanto generador de sus propias verdades. Por tanto, estas formas de discurso de verdad se resumen así:

El discurso revolucionario, cuando adopta la forma de una crítica de la sociedad existente, cumple el papel del discurso parresiástico. El discurso filosófico, como análisis, reflexión sobre la finitud humana, y crítica de todo lo que puede, sea en el orden del saber o en el de la moral, desbordar los límites de esa finitud, representa en algún aspecto el papel de la *parrhesía*. En lo concerniente al discurso científico, cuando se despliega –y no puede no hacerlo, en su desarrollo mismo– como crítica de los prejuicios, de los saberes existentes, de las instituciones dominantes, de las maneras de hacer actuales, tiene en verdad ese papel parresiástico. (Foucault, 2010, p. 46)

La práctica de la *parrhesía* es una actividad filosófica que está indisolublemente presente en las relaciones humanas que abarcan acciones cotidianas, por ejemplo, las relaciones públicas y las relaciones privadas, cada nivel de relación va acompañada por distintos juegos de verdad que dependen de la situación que pueden encerrarse en las formas de conducta de los sujetos.

El papel del maestro como parresiasta

No hay inquietud de sí sin la presencia del maestro —siguiendo el ejemplo de Sócrates como el verdadero parresiasta—, y desde la figura del filósofo como maestro; el decir veraz requiere de unas condiciones y entre ellas se considera que, para decir la verdad sobre uno mismo, es necesario conocerse, cuidarse y si bien es primordial la compañía del otro que guía, que escucha, es pertinente poder decir la verdad por sí mismo para reconocerse como un sujeto que es capaz de ser parresiasta “debemos hacer depender nuestro deber de nuestro destino ulterior, y al mismo tiempo hay que comprender que debemos utilizar nuestra conciencia para determinar nuestra conducta” (Foucault, 2009, p. 48).

Por tanto, el maestro que es muy importante con su ejemplo con el coraje, básicamente es el que está alerta en cada momento,

también ejerce la labor de médico como terapeuta del alma (no en sentido religioso), “el maestro, además está imbuido de la autoridad otorgada a su palabra, acentuada por el contacto personal, aunque a veces indirecto, transmitido a lo largo del tiempo de unos discípulos a otros; rasgo especialmente característico de las comunidades epicúreas” (Álvarez, 2013, p. 153).

La transmisión de la palabra desarrolla toda una ética al hablar de manera libre entre unos y otros, estrechando lazos de amistad, ya que el hablar franco requiere un ejercicio desde el interior, y ser capaz además de transmitir las debilidades y las faltas que se hayan podido cometer; muestran a los otros la verdad del alma, requiere también hacer un examen de conciencia, por lo que es importante la figura del otro, es decir del maestro; sin éste no sería posible desarrollar un buen comportamiento en la vida.

Sin embargo, el maestro no puede ser cualquiera; es quien considere que las cualidades morales en la vida son esenciales como el hablar con franqueza, con libertad, con verdad, con *parrhesía*, además que en su vida haya dado muestras de ser un hombre bueno; lo que hace pensar que debe ser un hombre de edad, además de ser también un buen amigo, uno que no sea capaz de engañarse a sí mismo ni engañar por amor al otro, que no caiga en el error de la adulación, ni en consideraciones de ningún tipo, no debe ser quien llene al otro de indulgencias, “para esto, las cualidades que habría que tener en cuenta son la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, y la constancia en sus ideas y opiniones, en su resolución” (Álvarez, 2013, p. 155).

El ejemplo del maestro, y que asume el discípulo, es el de obrar según la manera en que se piensa, y que al mismo tiempo que diga lo que piensa sin reserva de ningún tipo, y que ese pensar y ese decir esté de acuerdo con lo que practica manifestando lo que siente, lo que ama, lo que odia; la relación con la pedagogía es profunda, ya que no se trata solamente de transmitir ciertos

saberes, sino de lo que se trata es de formar, transformar al sujeto en una experiencia de sí. El ejercicio parresiástico es también una forma de crítica hacia los otros como hacia uno mismo; se puede criticar la forma de comportamiento de los otros, siempre en una relación de inferioridad, es decir, el que habla casi siempre se encuentra en una posición menor, es menos poderoso con respecto a quien se dirige:

Por eso un antiguo griego no diría que un profesor o un padre que critica a un niño utiliza la *parresía*. Pero cuando un filósofo critica a un tirano, cuando un ciudadano critica a la mayoría. Cuando un pupilo critica a su profesor, entonces tales hablantes están utilizando la *parresía* [sic] (Foucault, 2004, p. 44).

Se dirá que el maestro, a pesar de que no se configura como un ser inferior a su discípulo en el sentido de que es un esclavo, sino que en esa posición de hablar franco a quien sea, sin importar las consecuencias, el maestro está en la posición de ciudadano que, según los griegos, está entre los mejores, además de poseer ciertas cualidades morales, sociales, que garantizan y reclaman el privilegio estatutario de hablar.

El ejercicio parresiástico entre maestro y alumno, se fundamenta sobre el diálogo como una técnica dentro del juego de la *parrhesia*, el diálogo como una conversación entre amigos, no es el mismo diálogo que se hace en el ejercicio retórico que además es una conversación pública; para que pueda haber *parrhesía* lo ideal es que estas conversaciones se lleven a cabo en la privacidad de la conversación de dos —que de este modo no hay necesidad de recurrir a la adulación, ni a las técnicas usadas en la retórica, que es todo un entramado de artificios para convencer de algo a alguien—, aunque no se desconoce a Quintiliano en el (libro IX capítulo II) que en la retórica se usa algo de *parrhesía* en cuanto que moviliza las emociones, es decir, el parresiasta se vale de la exclamación para transmitir su verdad.

Como se mencionó, el diálogo es esencial; al igual que Sócrates con Alcibíades, cuando el filósofo asume un papel de parresiasta

en el diálogo, entre el maestro y su discípulo. Mientras que los amigos y amantes de Alcibíades se encargan de sublimarlo, Sócrates asume el riesgo de ser odiado y de provocar su cólera; no se detiene al momento de asumir cierta crítica sobre Alcibíades. Antes de llevar a cabo su propósito, éste debe aprender primero a cuidar de sí mismo “la *parresía* [sic] filosófica está así asociada con el tema del cuidado de sí (*epiméleia heautau*)” (Foucault, 2004, p. 51). Si no se es capaz de hablar libremente y cuidar de sí, se cae en la misma situación de un esclavo; por lo tanto, no puede gobernar a los otros y menos a sí mismo.

***Parrhesía* e Ilustración como vínculo moral para el decir veraz**

Hasta este momento la figura del otro es fundamental, puesto que alcanza un estado de *parresiasta*, conduce al sujeto a buscar por sí mismo, luego de haber estado acompañado por el maestro, o el médico, o el director de conciencia; a ser capaz de alcanzar la *parrhesía* para sí mismo y a la vez constituirse como sujeto que dice la verdad, como se ha referido con anterioridad; de este modo podremos vincular la *parrhesia* con la máxima kantiana de la Ilustración el salir de la minoría de edad, ya que si el sujeto es capaz de liberarse y salir de este estado, podrá conducirse a sí mismo, establecer otro tipo de moral, un *ethos* en la manera en que se constituye como un sujeto libre ya que salir de la minoría de edad depende únicamente del propio individuo y liberarse del estado arcaico en que ha sido sumergido, de este modo en la cuestión de la *Aufklärung*⁵ afirma Foucault:

vemos una de las primeras manifestaciones de cierta manera de filosofar determinado que ha tenido una muy larga historia desde hace dos siglos. Después de todo me parece, me parece en verdad que una de las grandes funciones de llamada filosofía “moderna” –cuyo comienzo desarrollo puede situarse entre los últimos años del siglo XVIII y los

5 Término alemán que designa Ilustración.

primeros del siglo XIX—, una de sus funciones esenciales, es interrogarse sobre su propia actualidad. (Foucault, 2010, p. 32)

Para Kant la Ilustración, como ya se hizo mención es:

La salida del hombre de su condición de menor de edad, de la cual él mismo es culpable. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin usar la dirección del otro. Uno mismo es culpable de la minoría de edad, cuando la causa de ella no radica en una falta de entendimiento, sino en la decisión y el valor para servirse de él con independencia, sin la conducción de otro. *Sapere aude*, ¡ten el valor de servirte a tu propio entendimiento! es pues, la divisa de la ilustración. (Jaramillo & Gabilondo, 2015, p. 1)

Sin duda, al querer salir de esa llamada minoría de edad, el vínculo que se establece en principio con la Ilustración, abarca de entrada una relación de moralidad que cada sujeto instaura desde que comienza a cuestionar su accionar y su modo de ser consigo, lo cual conlleva a fundar una preocupación por el cuidado o inquietud por sí mismo centrado en una cuestión ética, recordemos que el cuidado de sí establece una serie de acciones que los sujetos hacen sobre sí; la idea de cuidado o inquietud de sí en Foucault, implica tres cosas puntuales: la primera: el tema de una actitud general; segunda: una manera determinada de atención, y tercera: las acciones que uno ejerce sobre sí mismo. El tema del cuidado ha venido siendo teorizado por la filosofía, pero también por algunos campos educativos ya que se ha transformado de concepto a una noción problematizadora que toma en cuenta la actualidad, las políticas y prácticas y los principios de una ética del cuidado “al abordar la noción cuidado de sí Foucault acabo produciendo *insights* innovadores sobre los procesos de subjetivación que guardan estrechas relaciones con cuestiones éticas, políticas y pedagógicas históricamente, problematizadas⁶” (Simão de Freitas, 2013, p. 326).

6 Traducción hecha del portugués.

Por lo anterior, es posible articular la noción cuidado con la noción *parrhesía*, ya que las dos se encuentran relacionadas en cuanto que afectan al sujeto directamente en una dimensión emocional, ya que implica afrontar la vida con una actitud crítica frente al acontecer de los sujetos que se relacionan y reflexionan sobre su práctica diaria.

Por tanto, este es un referente histórico, que abre el camino al ser humano para que use la razón y el entendimiento para poder salir del estado de confort en que pareciera está inmerso; es la misma comodidad y conformismo el que impide al ser humano ser libre, autónomo, y mucho menos le permite inquietarse, preocuparse y cuidarse a sí mismo, ya que delega su pensamiento al otro y deja la tarea de pensar por sí mismo, “Kant presenta la ilustración, como un sagrado derecho de la humanidad, del cual no hay escape” (Kant, 1968, p. 64)

Las preguntas kantianas son resultado del momento histórico y de los cambios revolucionarios y sociales que atraviesa el mundo con la Revolución francesa y las ideas de libertad y universalidad, que llevan a plantear a Kant tres cuestiones centrales que abarcan en suma su filosofía “con Kant encontramos una visión holística del hombre, en la cual no solo hay cabida para los problemas de índole especulativo y práctico en ellos encuentra el autor problemas profundos” (Rodríguez, 2012, p. 3), de allí los interrogantes ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo saber? ¿Qué me cabe esperar? Para así interrogarse por ¿Qué es el hombre? Pero si llevamos estas preguntas al presente podemos preguntarnos ahora por la actualidad

¿Qué pasa hoy? ¿Qué pasa ahora? ¿Qué es ese “ahora” dentro del cual estamos unos y otros y que es el lugar, el punto [desde el cual] escribo? Desde luego, no es la primera vez que encontramos en la reflexión filosófica referencias al presente, al menos como situación histórica determinada, y que puede tener valor para esa reflexión (Foucault, 2009, p. 29).

Foucault, al dedicarse al estudio del texto de Kant, encuentra en él una forma de filosofía que se encamina a la ontología de nosotros mismos, que problematiza la actualidad en la que los sujetos se movilizan; de ahí la necesidad de salir de la minoría de edad. Así mismo es un llamado a rechazar las ideas que hace a los hombres culpables de sus actos, la moral de la renuncia que no los deja ser libres. Por tanto, la Ilustración entendida como ontología ética, se espera que sea ya un trabajo moral desarrollado por los sujetos sobre sí mismos, pensando la actualidad que cada uno vive y que a la vez lo hace ser lo que es, es una actitud consigo mismo que busca liberarse de convencionalismos morales impuestos por aparatos exteriores; la experiencia ontológica de nosotros mismos es a la vez el encuentro con el propio *ethos*, como dice Hermann (2005) a través de Lanceros:

La relectura del texto Kantiano, en la perspectiva de Foucault, implica en primer lugar, el abandono de las condiciones trascendentales para pensarlas como históricas y contingentes. En otras palabras, el conocimiento y la acción encuentran sus condiciones de desarrollo dentro de ciertas epistemes y de ciertos espacios de saber y poder. En segundo lugar, ser artífice de su propio *ethos* significa abandonar los fundamentos para sustituirlos por la experiencia, ya que ninguna orientación normativa o someter al sujeto es no ser su propio acontecimiento histórico (p. 62).

Se enfatiza la relación ética con la experiencia, ya que por medio de ella se establecen una serie de relaciones consigo mismo, con los otros, con lo otro, a la vez que implica un ejercicio serio del sujeto con su propia verdad.

Preguntarse por el presente es hacer reflexión sobre lo que nos ha constituido y, a la vez, plantearse si somos sujetos éticos, y qué moral o qué principios guían nuestra existencia ¿Qué nos hace ser morales? Relación directa con las preguntas kantianas con ese ¿Qué debo hacer? lo cual moviliza al sujeto ético, es decir, si son tal vez principios cristianos que interiorizan ciertos

códigos morales y de conducta, como el comportamiento sexual, que ha sido una de las banderas del cristianismo: controlar los deseos de la carne para no caer en el pecado y así no poder encontrar la salvación del alma. Encontramos en esta problemática por la moral, la primera emergencia ontológica que hace referencia a nosotros mismos en cuanto apunta hacia la preocupación sobre qué es lo moral en cada sujeto: si es el cuidado por sí mismo o si es ese otro que rige lo que se debe hacer y cómo hacer. Esta problemática se encuentra muy marcada aún en los centros educativos, en donde el qué hacer y cómo hacer se asume como mandato del profesor: las tareas, los comportamientos, los horarios, los tiempos en que se debe hacer esto o lo otro, el vestuario, en cómo llevar el cabello y la manera en que se aprende y se asume el saber.

Así mismo se trata de regir los principios morales, pero ¿Qué principio es el que debe regir al sujeto moral? Esta pregunta corresponde a una cuestión netamente deontológica que pregunta si es una ley moral natural o una ley impuesta por fuerzas externas, o si es una exigencia divina que nos dice que hay que ser sujetos morales, limpios y puros en la manera de comportarnos con los otros; de allí se desprende la cuestión ascética que implica precisamente la manera en que el sujeto se conduce y que hace relación con las prácticas sobre el cuidado de sí, los ejercicios espirituales de los que se ha hablado, el examen sobre sí mismo, las prácticas alimentarias, los diarios y la escritura de cartas; también se refieren a las prácticas sexuales, la frecuencia, las maneras en que se ejerce, y lo tocante al hablar franco que constituye al sujeto moral que habla con franqueza sobre sí y sobre los otros.

El interrogante será ¿Cuál es la finalidad que persigue el sujeto cuando se comporta moralmente? Pregunta teleológica que busca o persigue el sujeto cuando piensa hacer de la vida un arte de la existencia; se buscará en suma la felicidad del alma, la tranquilidad del espíritu, la aceptación social, la conducción del cuerpo y de las pasiones; por tanto, se pregunta acá por el último

de los interrogantes kantianos: ¿Qué es el hombre? y ¿cuál es la meta a alcanzar cuando éste se rige como ser ético? Guiándonos por el pensamiento foucaultiano, se responderá asumiendo que el hombre y su finalidad es hacer de la vida una obra de arte.

Por tanto, respondemos las preguntas kantianas ¿Qué debo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar? y ¿Qué es el hombre? Preguntarnos por estas cuestiones pues venimos hablando de *parrhesía* y su relación con el maestro, sencillamente porque el tema de la inquietud de sí, se liga estrechamente con las preocupaciones del hombre y la manera en que se debe llevar la vida, además porque al tener a cargo la formación del sujeto se deben tener en cuenta todas estas preguntas, ya que es necesario para movilizar la existencia dentro de la ética.

¿Pero en la actualidad están los sujetos preparados para asumir los riesgos que conlleva el ejercicio parresiástico? ¿Están los sujetos dispuestos a establecer verdades de todo tipo en el mundo en que vivimos? En la sociedad actual, plagada de altos niveles de intolerancia en donde los sujetos se agreden constantemente ¿habrá lugar para la *parrhesía*? Surgen tantos interrogantes que hacer válido una premisa como esta, casi que obliga a pensar en propiciar espacios de práctica parresiástica, lugares como la escuela son ideales para que los sujetos comiencen a ejercer su libre derecho de decir la verdad sobre los acontecimientos de la vida y de las personas, en donde la verdad no ocupe un lugar incierto sino un lugar de construcción social con el otro,

La *parresía* [sic] se encuentra vinculada a una buena educación, a la *paideia* o a la *mathêsis*. Sin ella, sin el largo proceso de aprendizaje para alcanzar la sabiduría, el “decir todo” se torna thorubos, charlatanería, verdades a medias o, simplemente, “atrevimientos ignorantes” parafraseando a Foucault. La franqueza emerge de un modo de ser que, bajo la independencia y autonomía no solo de pensamiento sino también en la vida práctica, trata de descifrar las causalidades -a veces absurdas- de lo que acontece. El problema en este punto es el de reconocer al parresiastés,

el de poder discernir los discursos francos, fundados en la realidad de las cosas y antiretóricos de los persuasivos y faltos de apoyo cognitivo. (Fernandez & Manibardo, 2015, p. 11)

Por tanto, el ejercicio de la *parrhesía*, además de ser un ejercicio crítico, es a la vez, un ejercicio pedagógico, en tanto que sirve no solo a los intereses de una sociedad, por la importancia del decir verdad, que coloca a los sujetos en una posición de franqueza frente a los otros y a lo otro. En suma, es un mecanismo que sirve para regular los modos de existencia y las maneras de conducirnos consigo mismos, con los otros en una forma de gobierno de sí y de los otros que contempla una razón ética y política.

Referencias

- Álvarez, J. (2013). *El último Foucault voluntad de verdad y subjetividad*. Madrid: Biblioteca Nueva S. L.
- Castaño, M. (05 de Mayo de 2013). *Blog Colombia crítica*. Recuperado de: <http://colombiakritica.blogspot.com/2013/05/la-parresia-o-decir-la-verdad.html>.
- Fernandez, A., & Manibardo, A. (2015). El concepto de parresía: verdad y libertad de palabra. *Razón y palabra*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. 1-18.
- Foucault, M. (2004). *Discurso y Verdad en la antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- González, B., y Pulido, O. (2014). El cuidado de sí como principio educativo. *Educación y Ciencia* 17. 125-143.

- Hermann, N. (2005). *Ética e estética: a relação quase esquecida*. Porto Alegre: EDIPUCRS.
- Jaramillo, R., & Gabilondo, A. (2015). *Inmanuel Kant Michel Foucault, Qué es la Ilustración?* Medellín: Universidad de Antioquia.
- Kant, I. (1968). *Respuesta a la pregunta que es la Ilustración? En Filosofía de la historia*, trad: E. Emilio. Buenos Aires: Nova.
- Simão de Freitas, A. (2013). A parresía pedagógica de Foucault e o êthos da educação como psicagogia. *Revista Brasileira de Educação*. 325-338.

